



Bienaventurado: un testimonio de esperanza

Mateo, 5:1-11

Para el servicio conmemorativo en el que se rendirá homenaje a Emilio Castro

Por el Rev. Dr. Olav Fykse Tveit

A la familia de nuestro hermano Emilio Castro;

A los que fueron sus amigos y colaboradores;

A los que son parte de esta comunidad aquí y en otros países, comunidad que él amó y a la que ofreció su servicio pastoral para la gloria del Señor resucitado;

Hermanos y hermanas que actuáis, vivís y ponéis vuestro espíritu en el Dios de Vida:

Estamos aquí reunidos para recordar y celebrar la vida y el ministerio de Emilio. Recordamos y celebramos desde la esperanza; incluso lamentamos su pérdida con esperanza, porque Emilio predicó la esperanza. Con esa esperanza ofreció su fiel servicio y liderazgo a la iglesia Metodista, a la Iglesia tal y como se manifiesta en América Latina, a la Comisión de Misión Mundial y Evangelización, al Consejo Mundial de Iglesias, y al movimiento ecuménico más amplio. Emilio actuó, guió, vivió y existió desde una perspectiva de esperanza. Era, ante todo, un predicador de la esperanza.

Jesús no solamente desea que haya algo mejor para sus seguidores, sino que proclama y afirma que son bienaventurados. La palabra de Dios abre las puertas a una realidad diferente. Hay más de lo que nuestros ojos pueden ver; Jesús es la realidad de la esperanza, y la esperanza consiste en ver lo que no es visible. Las bienaventuranzas reconocen el dolor, las dificultades y la dura realidad de la vida cotidiana. Se dirigen a una comunidad marginada de personas que creen en Dios e intentan vivir según su voluntad y su Reino. Ante esta insólita comunidad, Jesús afirma: "Bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los mansos, los misericordiosos, los de corazón limpio, los pacificadores; bienaventurados los que lloran, los que tienen hambre, los que padecen persecución y desprecio. ¿Cómo puede Jesús afirmar que sus seguidores que sufren y padecen persecución son bienaventurados, en un contexto de opresión y bajo amenaza de muerte? No se trata de una afirmación basada en la negación, puesto que Jesús es Emmanuel, "Dios con nosotros", y por ello conoce de manera intrínseca su dolor y sus dificultades. Esta afirmación de las bienaventuranzas está profundamente arraigada en el presente, el presente visto desde la perspectiva de la esperanza que puede cambiar nuestra realidad aquí y ahora. Los que lloran, los que tienen hambre, los que padecen persecución son bienaventurados en este momento presente, en el contexto de sus experiencias cotidianas de vida y muerte, por las palabras transformadoras de Jesucristo.

Al hablar de Misión y Evangelización, Emilio decía lo siguiente, con un mismo sentido de esperanza en el presente:

La misión de la Iglesia también consistirá en proclamar el presente en el contexto de la historia. La evangelización apunta a la relación entre nuestras situaciones de la vida humana y la historia de Dios en Jesús de Nazaret; mostrando cómo las más altas

aspiraciones humanas tienen sus raíces lógicas y su mayor promesa de realización en el acto que tuvo lugar una vez y por siempre en la historia de Jesús de Nazaret. Debemos descubrir la posibilidad de proclamar el nombre de Jesucristo en el corazón de todas las culturas; de narrar su historia en relación con los valores y el contexto histórico de cada pueblo. Será posible predicar el Evangelio en la medida en la que estemos esencialmente en contacto con nuestra propia cultura, con nuestro propio pueblo. Sólo desde esta solidaridad humana fundamental podemos acercarnos al origen de la solidaridad, a la meta de toda la historia humana en la persona de Jesucristo.

En la proclamación de las bienaventuranzas, en el momento presente, encontramos la proclamación de lo que "será". Lo que somos ahora se ve transformado por lo que seremos.

El Reino de Dios es justicia, y paz, y gozo en el Espíritu Santo. El Reino de Dios está presente, y al mismo tiempo está aún por llegar. Los que lloran son bienaventurados, porque recibirán consolación. Estas simples palabras son suficientes para consolarles. Los pacificadores son bienaventurados en estos momentos porque serán llamados hijos de Dios. Estas palabras les hacen saber que están realizando la sagrada obra de Dios. Los mansos son bienaventurados porque saben que no son débiles, sino que tendrán la tierra por heredad. Estas palabras les hacen ver el poder de la humildad en el presente. Son bienaventuranzas para una comunidad formada por personas mansas, perseguidas, que sufren, y peregrinos que buscan la paz y la justicia, y desean ser guiados por el Dios de Vida. Son personas que viven con sus realidades y con sus sueños. Vivir sin sueños es peligroso porque entonces sólo confiamos en nosotros mismos y en lo que somos aquí y ahora, sucumbiendo a los poderes del pecado y la muerte. Las afirmaciones proféticas del Evangelio son palabras transformadoras de esperanza que nos liberan de nosotros mismos.

A la luz de esta esperanza, Emilio Castro afirma lo siguiente sobre nuestra vocación: «No estamos llamados a preocuparnos por nuestros pequeños mundos individuales. El Evangelio no es la solución a nuestras dificultades, sino un llamamiento a la transformación de todas las cosas en Cristo. Es la invitación a entrar en el "Reino", es decir, en el movimiento liberador de Dios, en el establecimiento de nuevas relaciones de vida común para toda la humanidad. El Reino de Dios comprende en esta realidad todos los aspectos de nuestras vidas, incluyendo cada una de nuestras vidas individuales y de nuestras vida de comunidad».

De manera que, como comunidad de fe, estamos llamados a dar testimonio en las realidades presentes y, al mismo tiempo, esperar un futuro que ya es existente y que vendrá como parte del Reino de Dios. Nuestra fe nos guía hacia una perspectiva de esperanza. No se trata de una perspectiva miope, que sólo ve las limitaciones, ni ingenua o atrapada en la negación de la realidad. Esta esperanza permite una percepción y una fe profundamente arraigada que van más allá, que no están limitadas por el tiempo o el espacio físico. En tanto que bienaventurados, debemos llevar nuestro testimonio a aquellos que no pueden todavía discernir esta clase de esperanza. En medio de nuestras luchas, y allí donde la peregrinación parece avanzar en círculos en lugar de en línea recta hacia las metas deseadas, estamos llamados a dar testimonio de esta esperanza, incluso los unos ante los otros.

Recuerdo haber conocido a Emilio justo después de su elección como secretario general. Rememorando las dificultades a las que él mismo se enfrentó durante su mandato, y consciente de los múltiples desafíos a los que tendría que enfrentarse, afirmó: «Tengo la esperanza de que lo mejor

del movimiento ecuménico está por venir» Aún siendo plenamente consciente de las tensiones y divisiones geopolíticas, culturales y religiosas; de la injusticia económica, la degradación medioambiental, el desgarrado sufrimiento humano y la discordia que sigue presente en el seno de la iglesia, pronunció las siguientes palabras con los ojos brillantes y con una sonrisa alegre: «Tengo esperanza». Sus palabras nos transforman a todos los que le recordamos hoy.

Cuando su vida se acercaba a su fin, sus palabras y su actitud transmitían un destello de esperanza escatológica que relacionaba el presente con el porvenir. Al final de este servicio conmemorativo, cantaremos unas estrofas provenientes de Argentina, muy entrañables para Emilio y su patria:

Por eso es que hoy tenemos esperanza, por eso es que hoy luchamos con porfía,

Por eso es que hoy miramos con confianza el porvenir en esta tierra mía.

Por eso es que hoy tenemos esperanza, por eso es que hoy luchamos con porfía,

Por eso es que hoy miramos con confianza el porvenir.

Tengo el convencimiento de que, en tanto que metodista, Emilio habría apreciado que cantemos nuestra teología: una teología de esperanza. El testimonio que Emilio me transmitió aquel día es coherente con su comprometida vocación con la proclamación del Evangelio y la afirmación ante la comunidad de fe y ante aquellos que buscan la paz y la justicia de "Gozaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos".

Hoy le decimos a nuestro hermano Emilio: "bienaventurado seas, ahora y siempre".